

# EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 90 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Heredia-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los correspondientes del periódico ó dirigidas directamente al Administrador. La correspondencia de Redacción, á Pablo Iglesias; la de Administración, á Antonio Torres.

## SUSCRIPCIÓN

Á FAVOR

### DE LOS OBREROS PRECOS EN BARCELONA

	Pesetas.
Suma anterior.....	51,85
<b>BARCELONA.</b>	
B. Martín Rodríguez.....	0,50
Juan Salavert.....	0,50
Francisco Espi.....	0,50
José Vidal.....	1,15
José Guarro.....	0,25
Francisco Vidal.....	0,25
José Giner.....	0,06
Pedro Albert.....	0,25
Quirico Roig.....	0,15
Mariano López.....	0, 5
Alejandro Santiago.....	0,25
Agapito Xufre.....	0,25
José Rias.....	1,00
Manuel Galdón.....	0,75
P. Sellarés.....	0,25
J. C., socialista político.....	0,50
Miguel Sogas.....	1,00
Francisco Vila.....	0,50
Martínez, socialista político.....	0,25
Un socialista francés.....	0,20
Otro francés socialista.....	0,12

### MADRID.

Juan José Cobos.....	0,50
Gregorio García.....	0,50
Ramón Ambite.....	0,50
Lidro Oñate.....	1,00
Severiano Travieso.....	0,50
Valentín Gómez.....	0,50
Miguel Hernández.....	0,50
Cipriano Esabraz.....	0,25
Manuel González.....	1,00
R. B.....	1,00
J. S. A. y J. G. C.....	1,00
Narciso Burgos.....	0,50
Francisco Rafael Cerro.....	0,25
Manuel Blanco.....	0,25
Enrique Diego Abascal.....	1,00
Francisco Carrasco.....	0,30
Julian Hernando.....	0,25
Fernando Cid.....	0,25
Francisco Tomás.....	0,25
A. L.....	0,25
J. Bos.....	0,50
F. Valle.....	0,25
Manuel G. Beltrán.....	0,25
R. C.....	0,25
J. Martínez.....	0,25
B. C.....	0,25
J. B.....	0,25
M. O.....	0,25

### VALDEPEÑAS.

Pedro Vicente Gómez.....	1,00
--------------------------	------

### ALICANTE.

Un ex posibilista.....	0,50
Un ex federal.....	0,15

Suma y sigue..... 74,73

## ORGANIZACIÓN PROLETARIA

Para que un día la clase oprimida pueda alzarse vigorosa y potente ante la clase opresora, y por un acto revolucionario aniquilarla para siempre sin temor de venideras reacciones; para que el éxito pueda coronar los esfuerzos ejecutados durante la lucha, éxito completo y duradero, es necesario que la organización de los que sufren la opresión vaya creciendo en robustez y energía á medida que decrece y se debilita la de los mantenedores de ella.

Esta condición, evidente por sí misma y de una necesidad incontestable, se ha visto cumplida desde que el antagonismo de intereses dió origen, después de la desaparición del comunismo primitivo, á la formación de las clases opuestas y enemigas, cuya perpetua lucha, pasando por sus diferentes fases, constituye la historia de la Humanidad.

Las clases no trabajadoras ó directores han tenido siempre especial cuidado de subyugar y oprimir á las clases encargadas del trabajo ó productoras, y esta opresión ha ido aumentando progresivamente á medida que

la necesidad de la existencia, ó lo que es lo mismo, la utilidad de las primeras, ha ido desapareciendo á causa de la transformación del medio económico, determinado por los modos de producción y de cambio.

Es el momento en que el antagonismo de clases llega á su límite y viene la necesidad de la lucha.

Hemos pasado los dos grandes periodos: esclavitud y servidumbre; nos encontramos actualmente en el tercero y último: el salariado.

La burguesía comienza á ser inútil y perjudicial; la opresión que ejerce va siendo, por lo tanto, cada vez más intensa.

La transformación del medio económico se verifica en nuestra época con rapidez asombrosa; por eso el antagonismo entre ambas clases se acentúa con más intensidad á cada momento.

La guerra es necesaria: es de una necesidad histórica.

Toda guerra social reviste un doble aspecto: económico y político; la clase dominada ha de organizarse, pues, doblemente, y esta doble organización, que no es sino una por el fin á que tiende, ha de cumplir la condición enunciada anteriormente, si es que aspira á ver en día no lejano lucir el sol de su emancipación.

Es más; esta condición se cumple siempre con más ó menos lentitud y aun en contra de la voluntad de los individuos. Vemos, en efecto, cómo la evolución económica de nuestra época trae consigo la reducción creciente de las fuerzas de la burguesía; fuerzas que son arrojadas al campo proletario por los desastrosos resultados de la libre concurrencia y la anarquía económica en que se funda todo el sistema capitalista.

Esta corriente continua y de velocidad creciente no hay voluntad posible para detenerla; lleva en sí el sello de la fatalidad como consecuencia del movimiento evolutivo del medio económico. Igual sería intentar detener el curso de los ríos, impedir la caída de la piedra ó el desarrollo armónico de un organismo. Las leyes que rigen la sociedad, como las que rigen la Naturaleza, son superiores á la voluntad; son fatales, necesarias, se imponen por sí mismas. Al hombre sólo toca el descubrir esas leyes, estudiarlas, y de su perfecto conocimiento sacar el mejor partido posible aplicándolas ó presentando sus consecuencias, ya del momento, ya las próximas venideras y hasta lejanas.

Así es como la escuela socialista, del estudio detenido de esas leyes sociales, por ella descubiertas, deduce como próxima consecuencia la destrucción de la burguesía como clase por el advenimiento al Poder del Proletariado; después, la socialización de los medios de producción y de cambio.

Se acusa á los socialistas de ideólogos, cuando no nos fundamos sino en los hechos materiales, que se tocan, que se ven, que se han desarrollado y se desplazan ante nosotros. Ideólogos, esos que así nos llaman; ellos, que quieren sostener un estado de cosas que las condiciones de la época rechazan; ellos, que consideran como eternas esas leyes puramente accidentales en que apoyan todo su sistema económico; ellos, que creen que la sociedad puede continuar encerrada en un molde ya pequeño para contenerla; ellos, que no quieren saber que ese molde tendrá fatalmente que romperse en mil pedazos y hacer plaza á otro capaz donde pueda vaciarse con holgura.

La burguesía no sólo se debilita por el número, sino por el valor, ó lo que es lo mismo, no sólo pierde como cantidad, sino como calidad. Reducida á su papel de consumidora con exceso, ajena y en oposición con la clase productora, á la que sólo busca para extraerle su fruto, se hace imbecil, viciosa é incapaz de constituir por sí misma una organización viril é inteligente.

El Proletariado, en cambio, se apodera de las fuerzas intelectuales, y cada día se hace más apto para dirigir los asuntos económicos y políticos, por sí mismo, sin necesidad de mercenarios, de los que ha de valerle la burguesía para cubrir su torpeza é ineptitud.

¡Ay de aquella clase que no teniendo en sí misma los medios necesarios y suficientes para su defensa y sostenimiento, ha de ponerlos á sueldo, rodeándose de esa pandilla de ambiciosos y aduladores, gente sin pudor y sin conciencia, dispuestos á lamer los pies del primer señor que mejor les paga! Ese es el síntoma más grave de su próxima caída.

La historia de la ruina de los pueblos y de las clases dominantes así nos lo ha enseñado.

Pero, aunque según hemos demostrado, el Proletariado crece en número, fuerza, valor é inteligencia, necesaria, fatalmente, á medida que se empobrece, se corrompe y se incapacita la clase burguesa, es más que conveniente acelerar ese movimiento, presentando ante las inteligencias obreras la necesidad de que su organización como clase siga un paso más rápido que lo que la sola evolución de los hechos traería consigo.

El trabajo de cohesión resulta de este modo doble, y por lo tanto, más compacta la masa, más difícil la disgregación, más fuerte para resistir los embates del ene-

migo, más poderosa para abrir brecha en la fortaleza contraria: la victoria más segura y completa.

Y esto es tanto más necesario, cuanto que si bien la burguesía como clase es débil y cobarde, amparada por los muros que constituyen el baluarte llamado Estado, se presenta soberbia y opresora; rodeada de una cohorte de viiles ó envilecidos por la pasividad de la obediencia ciega: ejército, policía, jueces, curas, carceleros y verdugos, se levanta amenazadora frente á las clases trabajadoras, de cuya sumisión depende su vida.

El Estado, que no representa de este modo sino el interés de una clase en mantener la explotación y la opresión sobre su contraria; el Poder que esa clase tiene entre sus manos, para sostener su posición dominante, es el obstáculo más temible con que tiene que luchar la clase subyugada para poder emanciparse.

Hay que vencer ese obstáculo y que vencerlo por la fuerza; para esto se necesita, como hemos dicho, una organización perfecta de las masas combatientes. Una vez realizada, la Revolución vendrá por sí misma; que no depende de nuestro capricho ni de nuestro deseo el fijar el momento.

La evolución del medio social conduce á tal extremo, que la Revolución se hace necesaria, no teniendo la corriente evolutiva suficiente empuje para derribar la última barrera que le impide seguir su movimiento transformista.

La Revolución obrera cerrará la época de las revoluciones; destruido el antagonismo de clases; reducido el Estado á su verdadero y natural carácter de representante de la sociedad entera, productora y repartidora; anulada por lo tanto toda idea de Poder, pues no habrá clase que mantener sometida; franca y abierta la vía, sin obstáculos ni barreras con que tropezar; el medio social seguirá su movimiento evolutivo sin tener que pasar por esos periodos críticos que se llaman revoluciones.—S.

## RETRATO AL AGUA FUERTE

Una de los sistemas que mejor caracterizan la decadencia de la burguesía, precursora de su próxima desaparición histórica, nos lo suministra la corrupción moral que carcome los cimientos de su poderío. Mas como cuanto sobre este punto pudiéramos decir sería tachado todo de pesimismo inspirado en el odio de clase, creemos preferible aprovechar los materiales que en este sentido nos proporciona la misma burguesía.

«Los descamisados de arriba» se titula un notable artículo publicado hace días en El Progreso por la distinguida escritora doña Rosario de Acuña, y en él se hace la más exacta y despiadada disección de una clase que, presa de las concupiscencias más repugnantes, camina á su ocaso empujada por su propia ineptitud y por el impulso de las nuevas ideas sociales, dejando marcadas las huellas de sus crímenes y de sus vicios. En la imposibilidad de transcribir íntegro dicho trabajo, copiaremos algunos de sus párrafos, en los cuales la inspirada autora de Rienzi traza con mano vigorosa y veraz los rasgos que retratan la caduca burguesía. Dice así:

«Vienen, como los de abajo, de cualquier parte; nacen bajo una corona ducal ó sobre un puñado de billetes de Banco, como pudieran nacer en una mancha ó en una venta de Sierra Morena (en los buenos tiempos de Candélas); aparecen al acaso en los mercados de la vanidad, ofreciendo su audacia, su lujuria y su presunción á cambio de un puñado de oro, y en último caso de ropel, que para engrandecer su figura cualquier cosa que brille les basta; hoy rastrean en los palacios reales el alto honor de hacer de horriquitos de algún egregio vástago; mañana, encajándose el disfraz de patriotas, se encaraman en los escaños de las Asambleas, en donde anatematizan toda clase de reformas instigados por los confesores de sus queridas, ó claman por libertades prometiendo lucrarse con ellas; otro día se envuelven en los agios del negocio, y subastando ferrocarriles, minas, barriadas ó empresas navieras, explotan por una parte al Estado, por otra á los particulares, por otra á los braceros, y cuando ya se encuentran repletos con los despojos de todos, después de haberse barnizado bien los relumbrones del lujo, se cambian en rizidos moralistas y catolicismos conservadores, y agarrándose, como lapas, á las inviolabilidades de las más altas encumbraduras, que compran, gracias al espíritu mercantil de los Gobiernos, se arrellanan á su gusto dejando impunes los .. es decir, las irregularidades de su pasado, y otorgando á su prójimo una genealogía brillante y un nombre que, andando el tiempo, llega á ser ilustre con los emblemas de sus blasones, en donde suelen verse cruces y bandas, en vez de cadenas y grilletes; estos descamisados... de arriba, que viven de las alternativas de la prositua-

ción, así como los de abajo viven de las alternativas de la ignorancia, regularizan algunas veces en piadoso orden su preciosa existencia, meten el entendimiento en los atrios del templo de la sabiduría; allí humean sus verdades sabidas, absorben unas cuantas teorías que desde el sagrado dejan escapar sus perfumes hasta el peritilo para satisfacer a los necios que, sin entrar en el recinto, pretenden poseer alguna de sus bellezas; después entonan en los ademanes como si fueran sabios de verdad, y balanceándose al soniquete que su amor propio los canturrea en las orejas, esparcen con toda la propopeya de su presunción una ciencia contrahecha, convencional, deficiente, desnaturalizada por tan indignos sacerdotes, que a la par hacen su negocio vendiéndola por buenos doblones entre la imbecil muchedumbre atontada con la hinchazón autoritaria y la huera palabrería de estos descamisados.

En otras ocasiones se hacen acérrimos defensores de la democracia; se embolaliconan con algún recuerdo histórico que les trae a la memoria alguna figura de legalizador ó de héroe, y hétenos que se nos cuelan en las legiones socialistas intentando vestirlos de frac y corbata blanca, y ofreciéndoles para aplacar el hambre caramelo y café. En estos oficios abundan esos títulos de dudoso abolengo, cuyas madres especularon en sus buenos tiempos (y gracias a sus buenas carnes) con generales y gobernantes, hasta que la excesiva gordura, propia del ajamonamiento, las hizo huir a ser algo parecido a dama de alcurnia en algún pueblito de retirada comarca, en donde viven repartiendo lo poco que les queda de fortuna y pudor, entre las paternidades de los conventos ó los sacristanes de la parroquia; los hijos de estas madres, apergaminados en sus ideales y en su temperamento, se aferran en sus conatos de liberalizarse, hasta el punto que se afilian á sociedades democráticas, se suscriben á bibliotecas ateas y hasta se rodean de las artes de las antiguas Repúblicas, con lo cual emprenden una campaña ingeniosísima entre el tiro que les hace la familia hacia los agujeros de la teocracia y del jesuitismo, y el tiro que les hace su vanidad de plebeyos disimulados en nobles hacia la gloria de ser comparados con Bruto ó Cato; y en este equilibrio se les suele proporcionar sendos disgustos; pasan una parte de su vida perfectamente exhaustos de todo lo que se parece á dignidad, conciencia, decoro, altivez y vergüenza; y traídos y llevados por unos y por otros, ó se momifican como los cacharros de sus antigüedades en la apacible serenidad de no servir para nada, ó llega un día en que á fuerza de meterse en el campo de la libertad, son barridos como las hojas secas por el huracán de las revoluciones que los clava delante de la bandera roja para ludibrio y chacota de las muchedumbres que intentaron regir con su insuficiencia de seres ruines.

Los descamisados... de arriba no tienen más actividad iniciadora que la precisa en todos los parásitos y chupadores eternos, espera de la ocasión, á la cual se agarran esquilmandola en todas direcciones; subsisten en el orden de la vida gracias al trabajo ajeno, que les proporciona la pitanza y el solaz sin otra clase de molestia que la de adherirse y chupar; así es que ellos sirven para todo con tal que sea exprimible: si pasa el periodismo á su lado allá van ellos á cogerle; casi siempre en esta clase de especulación (único Dios de sus creencias, único motor de su voluntad y único fin de su inteligencia) hacen pinitos en el progreso y las emancipaciones y las garantías y los derechos, y, en fin, con todo lo que se relaciona con la hueste avanzada que se llama libertad, logran hacerse agradables á los candidos y temibles para los bien contentos; adulan con suavidades de culebra á todo el que pasa hambre y sed de justicia, y cuando han logrado encajarse bien en la opinión, cuando sus periódicos tienen fama de imparciales, de sensatos y de cultos, se van volviendo lentamente hacia el sol, es decir, hacia el presupuesto, sin perder la severidad (jeseo desde luego!) ni nada que pueda menoscabar su reputación; empuézan una serie de consideraciones llenas de templanza, de prudencia, etc., etc., hasta que sin pedirlo, ni mucho menos (con lo cual tienen la ventaja de rechazarlo si los descamisados de abajo llegan á imperar), admiten una buena subvención del Gobierno que reine, y se van haciendo una buena cama con muchísimo salario, con muchísima desvergüenza... de adentro, se entiendo, por lo que es de fuera, estos descamisados... de arriba cuando se hacen periodistas son lo más comediados y lo más cultos y lo menos chillones del mundo.

Y así vienen y van y pululan, y cuando se retiran de los palenques de la vanidad se meten en sus guaridas, porque estos descamisados, como los otros, tampoco tienen hogares, que no lo es el palacio elevado generalmente sobre un gran cimientó de exacciones, de lubricidades, de prostitución ó de crímenes; y allí tampoco se sabe lo que es familia: se llega siempre con el hastio del placer ó con la comezón de la envidia; hay que pensar en nuevas excitaciones de la depravada sensibilidad ó en nuevas especulaciones que aumenten la riqueza y el prestigio; sobre el prestigio y la riqueza de los envidiados, las horas son preciosos instantes; el saludo ceremonioso sustituye á los halagos del cariño; en la intimidad de estas familias late recíprocamente un desprecio inmenso y una repugnancia y antipatía en razón directa con la melosidad de sus relaciones aparentes; en ellos todo es falso; el pudor es un convenio tácito entre las desenvolturas de la mujer y los cinismos del hombre para ejecutar con la menor molestia posible las impurezas más repugnantes; las expansiones no existen entre ellos más que en el orden del cálculo sobre el lucro, en cuyo caso meditan al unisono la mejor manera de lograr más cada uno en la esfera de su acción; los sentimientos los tienen completamente atrofiados en lo más hondo de la conciencia, que á la vez no percibe ningún conflicto ni hace prevalecer, por lo tanto, la más alta razón, sino que funciona de una manera sencillísima, dejándose llevar sólo y exclusivamente de la primera sensación, y como todas éstas se hallan modificadas por un largo ejer-

cicio de actos viles, impuestos en primer término por la herencia y en segundo por la educación, resulta que la conciencia se nutre de sensaciones pervertidas, y con ellas produce pensamientos inicuos, acciones villanas y costumbres viciosas girando siempre en un círculo de monstruosidades que son la rémora más grande de la marcha evolutiva del progreso humano.

Entre ellos no existe el impulso del mejoramiento; algo como un incómodo convencimiento de su inutilidad futura les hace presenciar inmóviles las más grandes victorias de la inteligencia, sin conato alguno de adelantarse á ellas y aumentarlas por medio del estudio y del trabajo. Para ellos todo es cuestión de venta, todo puede ajustarse: lo absurdo para sus cerebros es la exploración y la conquista; así es que las ventajas de la civilización los sensualizan, los embrutecen y los roban groseramente; porque como no las disfrutaban con el esfuerzo del trabajo, sino que las compran con el oro de sus impudicias, no aprovechan de ellas lo que eleva, lo que engrandece, lo que dignifica, sino lo que envilece y corrompe y enerva, es decir, el sibaritismo, la mollicie y la excitabilidad patológica. Y así pululan por todas partes, hoy apretando la cartera de ministros, mañana empuñando el bastón de gobernadores, al otro colgándose de la cascaca la llave de gentilhombre, y encontrándose lo mismo bajo una mitra episcopal que disponiendo del cuerpo electoral de un distrito; igual en una embajada extranjera que ejerciendo la autoridad dictatorial en los rincones de un cortijo, siempre llevando con ellos el cinismo á las conciencias, los desfalcos á la administración, la rutina á la enseñanza, el soborno á la justicia, el convencionalismo á las leyes, la banalidad á las costumbres, la superstición á las creencias, la hipocresía á los vicios, y á todas partes la gangrena de lo ruin, de lo infecto, de lo oscuro, de lo miserable, de lo pequeño, de lo inútil, de lo corrompido... siendo su influjo más trascendental, más funesto, más perturbador que el de los descamisados de abajo, porque la ponzoña que arrojan sobre la sociedad viene de lo alto, de la cúspide, de lo supremo; sale envuelta con los prestigios del oro, del nombre y de la ciencia; baja entre las fascinaciones del lujo suntuario, del perfume penetrante, de la palabra escogida, del ademán estudiado; corre sobre mentiras primorosamente vestidas de verdades, y penetra en todos los centros, en todos los hogares, en todas las clases, con la autoridad de lo más superior, de lo más visible, de lo más inviolable, y va corrompiendo, corrompiendo, un día la fe, otro día la costumbre, hasta dejar á las almas secas, embotadas, envueltas en todos los escpticismos, ineptas para todos los entusiasmos y henchidas con todas las materialidades de los vicios.

¡Ah! Los descamisados de arriba no sufren calentura, tienen cáncer! La enfermedad aguda, la que aparece bruscamente, la que se acumula durante un largo espacio de salud, tiene explosiones terribles, pero pasajeras; sus espasmos crujen sobre nuestro organismo el látigo de todos los tormentos y en un solo instante flagelan con la pesadumbre de todos los dolores; después el bienestar es inmenso, es la vuelta á la luz, la vida es más vida después de haber librado batalla con la muerte; los paroxismos de los descamisados de abajo, en último caso, purifican, ennoblecen, salvan la dignidad humana; de ellos salen legislaciones más justas, derechos mejor definidos, costumbres más naturales; ellos salvan á la civilización, aun á pesar de los hombres; la Iluminación avanza siempre; cuando no puede hacerlo serenamente como el progreso lo impone, se encrespan las olas de sus mares, y tras breves instantes de paralización ó de quietud, surgen las grandes revoluciones que ofrecen el porvenir más luminoso. Los descamisados de arriba no purifican nunca, no ennoblecen ni dignifican jamás; los corroe el mal crónico, el sordo, el lento, pero el seguro; el que nace y muere con el organismo, el que roe un día y otro, quitando en cada minuto una molécula de vida para no devolverla ya; es la gangrena que se extiende sin cesar en su obra destructora; la que no retrocede hasta que no ha conseguido deformar, hundir, aniquilar, para lo cual no hay remedio ni mejoría; la que solamente se detiene con una firme cortadura por lo sano. Los descamisados de arriba son el semillero de la corrupción que entorpece la marcha triunfal de la vida por la superstición del planeta; son la dualidad latiendo sin cesar entre su apariencia que ofrece lo agradable, lo culto, lo noble, lo elevado, lo amable y lo virtuoso, y su realidad que extiende lo antipático, lo repugnante, lo soez, lo ruin, lo bajo, lo egoísta y lo malvado. Veámoslos como son y no como aparecen, y respondamos lealmente al preguntarnos cuáles resultan los peores, si los descamisados de abajo ó los de arriba.»

## LA JORNADA LEGAL DE TRABAJO

REDUCIDA Á OCHO HORAS

I

El primer Congreso de la Internacional, celebrado en Ginebra el año de 1886, declaró que «la condición primera, sin la cual fracasaría toda tentativa de mejoramiento y de emancipación, es el límite legal de la jornada de trabajo. Impónese esta limitación á fin de restaurar la salud y la energía física de los obreros, asegurándoles la posibilidad de un desarrollo intelectual, de las relaciones sociales y de una acción política. El Congreso propone que la jornada legal de trabajo quede reducida á ocho horas. Este límite lo solicitan los obreros de los Estados Unidos, y el voto del Congreso lo inscribirá en el programa de las clases trabajadoras de ambos mundos.» El Congreso regional de París y el Congreso nacional del Havre, fieles á la tradición de la Internacional, consignaron á la cabeza de la parte económica de nuestro programa mínimo: «Reducción legal de la jornada de trabajo á ocho horas para los adultos.»

La intervención del Estado para limitar la jornada de trabajo significa para los economistas liberales la mina de todo orden social. León Faucher, uno de los pontífices de la Iglesia económica, ha dicho: «Los Gobiernos, inspirándose en una falsa filantropía, se han creído autorizados para reglamentar el trabajo. Empezaron por limitar el de los niños... El Gobierno francés, sumido en las tinieblas de 1848, hizo extensiva esta limitación á los adultos.» León Faucher alude á la ley de 1848 que reducía la jornada de trabajo á doce horas. El Imperio y la tercera República burguesa, su digna sucesora, han estudiado la manera de no aplicarla.

Nos proponemos defender la reducción legal de la jornada de trabajo á ocho horas contra los economistas. Los considerandos de la resolución del Congreso de Ginebra citados más arriba, son, aunque concisos, bastante explícitos para hacer ver la importancia del límite legal de ocho horas; sin embargo, no responden á una objeción repetida constantemente: «Si reducís la jornada de trabajo, dicen los burgueses, reducís forzosamente los salarios.» A esta objeción, plausible en apariencia, muchos obreros bajan la cabeza en señal de asentimiento. Sin embargo, nada más falso que esto, como voy á demostrar.

Admitese hoy, hasta por los mismos economistas, que la ley que sigue la burguesía, es decir, el fin á que tiende, es limitar el salario al minimum de los medios de existencia que necesitan los obreros para vivir y reproducirse. Esta ley, formulada en el siglo xviii por los fisiócratas, encierra una amarga verdad; pero todavía no se ha llegado á determinar el minimum á que el obrero puede reducir sus miserables necesidades. Los proletarios industriales, para disminuir sus gastos, han sustituido la carne, que era la base de la alimentación obrera antes de la revolución burguesa de 1789, por el pan en Francia, y en otros países por las patatas, el maíz, etc.; han abandonado el traje pintoresco y de duración de los antiguos compañeros para cubrirse de andrajos; se han amontonado en tugurios tan repugnantes, que un labrador no consentiría en encerrar en ellos sus cerdos, y que muchas veces debe destruir la policía porque se convierten en focos de pestilencia.

En los distritos industriales han tenido que vivir muchos obreros con 40 y 50 céntimos diarios. El famoso Reveillon, dueño de la fábrica de papel pintado saqueada en 1789 por los obreros del barrio de San Antonio, por haberse jactado de hacer vivir á los obreros con 75 céntimos diarios, pagaba, sin embargo, á los niños de 12 á 15 años que empleaba un jornal de 40 y 75 céntimos (1); el dinero valía entonces tres veces más de lo que vale hoy. Estas cifras demuestran hasta qué punto la muela de la explotación capitalista ha triturado las necesidades de los obreros desde el siglo pasado.

Los filántropos, esos jesuitas laicos, ensalzan los beneficios de la industria moderna. «El taller mecánico—dicen con enternecimiento—ha dado trabajo á la mujer y á los niños; todos han podido concurrir á aumentar el bienestar de la familia obrera.» El trabajo de la mujer y de los niños sólo ha contribuido á disminuir el salario de los hombres y á engendrar la miseria de la familia obrera.

Antes del desarrollo de la industria mecánica la mujer permanecía con sus hijas en el hogar doméstico; los niños no empezaban á trabajar hasta los trece ó catorce años, cuando entraban de aprendices; el salario del hombre tenía que subvenir por sí solo á las necesidades de la familia. Pero desde el momento en que, merced á las máquinas y á la división del trabajo, los industriales pudieron llevar al taller á la mujer y á los niños, hasta entonces sustraídos á la explotación capitalista, rebajaron el salario del hombre tanto como representan los salarios que reciben la mujer y los niños. Este fue uno de los primeros beneficios de la filantropía capitalista. El trabajo social de la mujer y del niño no solamente permitió á los industriales reducir el salario del hombre tanto como correspondía al sostenimiento de aquéllos, sino que introdujo en la familia obrera una costumbre bárbara que no había existido en ninguna sociedad anterior: la competencia entre el padre, la madre y los hijos para ver quién arrancaba al otro el pan de la boca; la mujer y el niño han sido empleados por los industriales para rebajar á su minimum el salario de los hombres; y aun á veces los hombres han sido arrojados del taller y para subsistir han tenido que contar con el salario de la mujer y de los hijos. Este es uno de los coronamientos de la bella filantropía capitalista.

Pero la máquina en manos de los capitalistas ha derramado otros beneficios sobre la clase obrera. Digase lo que se quiera en contrario, Guesde tenía razón al afirmar que la máquina da la ley allí donde aparece, despuebla los campos, centraliza la población obrera alrededor de ella, y hace surgir de la tierra esas inmensas ciudades industriales que sólo datan de este siglo. La máquina necesita tener bajo sus órdenes inmediatas un pueblo de esclavos; lo absorbe en el taller cuando el trabajo abunda y lo lanza en medio de la calle cuando el trabajo escasea.

La escasez momentánea del trabajo crea una superabundancia momentánea de la población obrera, que se traduce por paradas periódicas. Pero los perfeccionamientos de la máquina reducen constantemente el número de obreros empleados en el taller, los arroja á la calle, y crean una sobrepoblación obrera artificial, llamada por Engels ejército de reserva del capital, que sólo es absorbida en el taller en los casos extremos.

Este ejército de reserva del capital es el arma terrible del capitalista para rebajar los salarios á su minimum y prolongar la jornada de trabajo á su maximum.

Por lo tanto, el interés primordial de la clase obrera mientras exista la sociedad burguesa es reducir todo lo posible ese ejército de reserva del capital, y para esto sólo hay dos medios: la emigración y la limitación legal

1. Exposición justificativa del Sr. Reveillon, etc., 1789.

de la jornada de trabajo. Debemos prescindir de la emigración, que si es un medio poderosísimo en Inglaterra, en Francia no lo es, porque los franceses sólo emigran á la fuerza. Queda, pues, la limitación legal.

A esto objeta el economista charlatán ó que no sabe economía:—Si el obrero trabaja menos deberá ganar menos también.—Por el contrario, cuanto menos trabaje el obrero mejor salario ganará. ¿Se quiere un ejemplo concluyente? ¿Hay en Europa un obrero que esté mejor pagado que el obrero inglés? ¿Y por qué? Porque es el obrero que trabaja menos en Europa. La jornada legal de trabajo es de diez horas en Inglaterra; las Trades' Unions la han reducido á nueve horas, y á cinco horas el sábado; así, pues, el obrero inglés sólo trabaja cincuenta horas semanales, es decir, ocho horas y veinte minutos por día. Si en Francia llegara á ser mañana ley el artículo de nuestro programa mínimo, si la jornada fuera de ocho horas, se necesitarían tres obreros para hacer veinticuatro horas de trabajo, mientras que hoy sólo se necesitan dos obreros que trabajen doce horas; por lo tanto, todo el ejército de reserva del capital quedaría absorbido en el taller. No teniendo ya que temer la competencia de los obreros parados, los que trabajan podrían, no sólo mantener el mismo salario, sino hasta obtener un aumento.

(Continuará.)

## UN BUEN JUICIO

De nuestro querido colega *Le Socialiste*, de París, son las siguientes líneas:

«La civilización capitalista ha pervertido de tal modo la inteligencia humana, que los derechos artificiales del capitalista han llegado á colocarse por encima de los derechos naturales del hombre.

Si un hombre, impulsado por el hambre, entra en casa de un rico y coge allí lo que necesita para alimentarse, será considerado como un ladrón y tratado como tal; si un capitalista, merced á una jugada de Bolsa, se hace dueño de algunos millones, ó un industrial, arrebatando á las mujeres y á los niños una parte de su trabajo, amontona millones de pesetas, serán considerados como personas honradas y dignas de aprecio.

Cada medio social engendra su moral y sus leyes: lo que en la sociedad capitalista se tiene por legal y plausible, en la sociedad comunista será considerado como un crimen.»

Deseando que la idea del establecimiento de la jornada legal de ocho horas se apodere pronto de la voluntad de todos los obreros y les haga concurrir con su esfuerzo al triunfo de ella, trasladamos á nuestras columnas un importante trabajo que nuestro amigo y correligionario Pablo Lafargue dió á luz sobre dicho asunto en 1882 en el periódico *L'Egalité*, uno de los semanarios socialistas de más importancia que se han publicado en la vecina República.

La respetable y austera aristocracia inglesa sigue dando moralizadores espectáculos.

En Londres va á ser vista una nueva causa de divorcio de la misma índole de la célebre en que sir Charles Dilke figuró como protagonista.

El marido demandante se llama lord Colin Campbell y es hermano del yerno de la reina, marqués de Lorne. Acusa á su mujer de haber tenido relaciones adúlteras con cuatro personas: un duque, un general muy conocido, un médico de mucha fama y un capitán que ocupa un alto puesto en la Administración.

¡Inocente paloma! Por tu rango y por tus virtudes nosotros te consideramos digna de ostentar la pontifical rosa de oro.

Son dignos de leerse los siguientes párrafos de una correspondencia de Barcelona publicada en *La Opinión*:

«Desde 1872, en que la funestamente célebre *Internacional* tomó los rimbos que le indicaba un socialismo que poco á poco, pero con tenacidad constante, ha ido organizándose en Cataluña, nuestros revolucionarios políticos estaban amenazados de verse en completo aislamiento.

Admitiendo á las masas obreras con la denominación de pueblo—denominación que no es exacta ni verdadera—puede decirse que el pueblo abandonó á los revolucionarios el día en que el socialismo llenó de utopías económicas el cerebro de las muchedumbres.»

«En vano que zorrillistas, salmeronianos y federales hayan puesto en juego multitud de ardidés para atraerse á ese pueblo obrero que hace tiempo les ha abandonado y no se presta á ciertos manejos.

«El obrero catalán es, en su mayoría, socialista. Tiene mejor instinto, más nobleza de alma, y su condición es, desde luego, menos precaria que el obrero inglés, que en sus momentos de turbulencias saquea tiendas de joyeros ó incendia fábricas. Pero no por eso deja de suspirar, como todos los socialistas de Europa, por una próxima liquidación, y por que llegue la hora de soñadas reparaciones. No le habléis al obrero catalán de que una República ó una Monarquía ha de mejorar su suerte: él no entiende ese lenguaje que cree producto de artificiosas política. Siente gran desconfianza hacia los partidos, y amargos desengaños han arraigado en su alma la convicción profunda de que sólo á propios esfuerzos será debida su acariñada redención.»

«Pues bien: esas masas obreras que ahora son socialistas, eran antes republicanas, y dieron prodiga su sangre para levantamientos y motines como los de 1869 y 70.

«Entonces bastaba que el sombrero Lostan, parodiando á Mirabeau, se subiera sobre una silla en la Rambla, y con unos cuantos arranques de oratoria campanuda y frases de relumbrón, pidiera al pueblo su concurso. El pueblo le seguía, dejaba los talleres é iba allí donde los jefes del republicanismo le indicaban; y si era para luchar en los comicios, Lostan triunfaba por gran mayoría de votos, y si era para batirse en las barricadas, tenía el Monjuich que pasar horas enteras dis-

parando proyectiles para que los revoltosos pedigas el campo al ejército.

«Las cosas han variado. Ya ni Lostan, á pesar de las simpatías que se conquistó entre el montón anónimo, puede salir diputado, ni hay masas obreras que vayan á las barricadas. Quedan tan sólo los jefes del republicanismo, quedan estos revolucionarios catalanes que tienen que mendigar el apoyo de los socialistas para que España crea que aún son fuertes.»

«Con serenidad completa de juicio, y sin enamoramientos políticos que me velen el mirar la realidad de los hechos, yo entiendo que un Gobierno podría dormir tranquilo si sólo los revolucionarios catalanes son los que se agitan; pero que dormiría con los mismos peligros que sobre el cráter de un volcán si los socialistas fueran los que prepararan un golpe de mano.»

«No cuentan estos señores con que hoy el socialismo, llámese Partido Obrero, llámese Anarquismo y Colectivismo, está formado con las antiguas muchedumbres del 78: menestrales desengañados, gentes espolgadas por la necesidad, y que le mimen á Pi que á Cánovas no conocen más que con el nombre de «burgueses». El día que estas gentes tengan votos ya veremos cuántos alcanzan las candidaturas republicanas.»

Para tratar de la cuestión social, los días 21, 22, 23 y 24 del corriente se celebrará en Angers (Francia) un Congreso regional, en el cual tendrán representación exclusiva los círculos católicos de Anjou, el Maine, la Vendée, la Bretaña y la Normandía.

Dicho Congreso será presidido por el prelado de Angers, actuando como secretario el conde de Mun.

Debemos advertir que este conde de Mun es el que en la Universidad de Lovaina combatió con ensañamiento las aspiraciones del Partido Obrero.

¡Mentira parece que aún haya trabajadores que se dejen seducir por la Iglesia, que es ni más ni menos que un elemento defensor de la jauría capitalista, como cualquier institución política!

Y lo más extraño es que esto suceda en Francia, donde el Proletariado está llevando á cabo jornadas tan gloriosas como la de Decazeville.

Naturalmente, los oradores de la clérigalla que lleven la batuta en dicho Congreso aconsejarán á los obreros que desprecien los bienes terrenos para conseguir las delicias del cielo.

Y á propósito de Congresos católicos, el siguiente telegrama de *El Imparcial* nos demuestra que el ultramontano se halla tan huero de soluciones para la cuestión social, como el llamado radicalismo burgués:

«El Congreso socialista católico celebrado en Bruselas ha tomado un acuerdo que produce gran indignación en los patriotas. Ha acordado fomentar la emigración de los trabajadores belgas al Paraguay bajo la dirección de un Comité católico.»

Después de abandonar el hospital, donde ha sufrido la terrible amputación de un brazo, nos ha visitado el maquinista Manuel Méndez, de cuyo desgraciado accidente ocurrido en la imprenta-litografía de D. Nicolás González, dimos cuenta en nuestro semanario.

Entristeció el ánimo y subleva el temperamento más linfático el espectáculo de un obrero en el vigor de su juventud, privado del honroso medio de subsistencia del trabajo y mutilado en aras de la más infame codicia patronal; pero indigna mucho más el saber por boca de ese desgraciado con qué osadía y cinismo han sido burladas por su explotador sus modestas y legítimas esperanzas.

Debemos declarar, para escarmiento de obreros sencillos, que ese Sr. González, con el objeto de que el lesionado declarase de modo que no le perjudicara en sus intereses, hizo todo género de promesas á Méndez, tales como las de atender al sostenimiento de su esposa é hijos y una indemnización pecuniaria.

Pues bien: lejos de esto, ni una sola vez se ha dignado visitar en el hospital al infeliz maquinista, y cuando éste ha ido á recordarle sus ofrecimientos, volvió á prometerle una colocación sedentaria que él pudiera desempeñar ó cierta cantidad para establecer una pequeña industria. Pero transcurrido el plazo señalado para hacer efectivas estas ofertas, sólo ha conseguido alcanzar del magnánimo señor la cantidad de... tres duros.

¡Quince pesetas como limosna á un obrero sacrificado en holocausto de la voracidad industrial! ¡Y esto lo presencian las autoridades con la pasividad más tranquila! ¡Y luego hay quien se extraña de que alguna vez estalle la mina de odios obreros contra negreros como el señor González!

Aunque poco, muy poco pueden hacer sus compañeros de trabajo para aliviar la suerte de Méndez, en la Secretaría de la Asociación del Arte de Imprimir, Jardines, 32, 1.º, se recibirán las cantidades destinadas á ese objeto laudable.

## CARTA DE FRANCIA

París, 3 de octubre de 1886.

«El dinero, escribía hace cuarenta y cinco años Enrique Heine, es el Dios de nuestra época y Rothschild es su profeta. Cierta día en que tuve que trasladarme á casa de M. de Rothschild vi á un lacayo de librea que atravesó precisamente el pasadizo en que yo entraba, llevando en la mano el orinal del señor barón, y vi á un agiotista de la Bolsa que pasaba en el mismo instante quitarse respetuosamente el sombrero y saludar la poderosa é indispensable vasija.»

Los agiotistas de hoy que ocupan el Poder no se contentan con descubrirse devotamente delante del orinal de Rothschild, sino que llevan ante los tribunales á los que se niegan á saludarlo.

Nuestros amigos Guesde y Lafargue, culpables de tan grave como escandalosa irreverencia, fueron condenados por contumacia, según ya les anuncié, á seis meses de prisión. Pero el nuevo Jurado del Sena, encargado de juzgar la causa en apelación, no ha creído deber

condenar á los audaces perpetradores de aquel crimen, no se ha prestado á desempeñar el humillante papel de vengador de las injurias hechas á M. de Rothschild, y ha absuelto á nuestros dos amigos, juntamente con su consorte el ciudadano Susini, dando así un solemne bofetón, no sólo á la servidumbre gubernamental del omnipotente banquero, sino al profeta mismo del dios Capital.

Este primer descalabro de la clase capitalista, esta sentencia inaudita y sin ejemplo, que pone fin á la campaña de calumnias abierta contra los socialistas revolucionarios, que nadie tendrá derecho, de hoy en adelante—con arreglo á la cosa juzgada—á tratar de saqueadores ni de asesinos; este escándalo judicial, que ha causado en los círculos de la burguesía un pánico y un furor extraordinarios, furor que se manifiesta en todos los órganos de la clase gobernante, reconoce sin duda, entre otras causas, el estado particular de ánimo en que se encuentra actualmente la clase media ó pequeña burguesía, que empieza á adquirir conciencia de su verdadera situación.

El Jurado del Sena, compuesto de pequeños industriales y comerciantes al por menor ha comprendido, en cierto modo, que el peligro social no residía, para la clase media, en la expropiación á beneficio de todo el mundo á que aspira el socialismo moderno, sino en la expropiación, sin compensación ninguna, que opera diariamente, en beneficio propio y exclusivo, los filibusteros de la alta banca.

Esta clase media á que pertenecen los doce ciudadanos que, al absolver á nuestros amigos, han condenado á Rothschild y á su corte de bandidos financieros, no merece, bajo ningún concepto, las simpatías ni la confianza del Partido Socialista. De esa clase provienen los más implacables explotadores de la clase obrera; con sangre y lágrimas de los trabajadores se amasan esos capitales, que van á parar poco á poco, por los múltiples canales de la especulación, á los caudalosos ríos del alto comercio y de la banca. El robo cometido por estas sabias instituciones de la burguesía moderna es un robo que podría llamarse de segundo grado; los primeros ladrones del trabajador son los industriales y comerciantes en pequeño. Su situación no debe, pues, interesarnos.

Así Guesde decía ayer mismo, con razón, en una reunión pública, á propósito de los jurados del 25 de Setiembre, que no debía atribuirse su justo fallo ni á honradez ni á liberalismo, sino á un rayo de inteligencia. «Esos pequeños burgueses han sabido comprender que el enemigo para ellos no era el socialismo, sino el feudalismo industrial, comercial y sobre todo financiero.»

Y añadía nuestro amigo:

«Hay en esa sentencia del Jurado un hecho capital preñado de revoluciones para un porvenir inmediato. Si el orden capitalista pudo salvarse anegado en sangre en Junio de 1848, fué porque los tenderos y comerciantes tomaron el fusil y se lanzaron á la calle para combatir á los obreros.

«El día en que la clase media, comprendiendo sus verdaderos intereses, la abandone, la sociedad actual está perdida.»

\*\*\*

Procuraré dar á los lectores de *EL SOCIALISTA* una idea de esta célebre vista de causa:

EL PRESIDENTE, dirigiéndose á los acusados: «Señores, ¿tienen testigos favorables que presentar?»

GUESDE.—«Hubiéramos podido citar á las tres mil personas que asistieron á la reunión del Chateau d'Eau; pero hemos querido ahorrar esta molestia inútil á los señores jurados. La exposición de nuestras doctrinas será suficiente.»

EL PRESIDENTE.—«¿Confiesa Vd. haber pronunciado, en la mencionada reunión del Chateau d'Eau, un discurso y haber dicho en él que «el día en que Rothschild «vaya á Mazas la República existirá». Si, es preciso... A «Mazas ó contra el muro... El día en que tengamos la «Revolución, de ella saldrá el recurso al fusil libertador.»

GUESDE.—«Yo confieso haber pronunciado en la reunión de que se trata cincuenta ó sesenta mil palabras, de las cuales el comisario de policía ha sacado treinta y tres. Por consecuencia, estoy en mi derecho dando una menta formal, no á las palabras mismas, sino al sentido del discurso que se me atribuye. Lo que yo rechazo es el encadenamiento de las frases tal como las presenta la acusación.»

Después de las declaraciones del comisario de policía, único testigo en este singular proceso, y cuyo testimonio, parcial á todas luces, ha servido al Juzgado para encausar á los representantes, dignos y respetables, de un gran partido político; después de la acusación fiscal, en que el abogado general Cruppi hace un elogio inesperado de nuestro amigo Guesde, confesando que «disfrutó en París de una gran fama, que es el discípulo más ferviente de Karl Marx, cuyas doctrinas ha propagado en Francia... que ha escrito mucho, pronunciado ininidad de discursos y que posee un cuerpo de doctrinas socialistas por cuya realización trabaja con ardor...» después de una defensa notable del ciudadano Susini, usó de la palabra nuestro querido amigo Pablo Lafargue.

Empezó Lafargue por rechazar los epítetos de saqueadores y de excitadores al saqueo lanzados á la frente de los socialistas. «Los que excitan al saqueo son los agentes secretos de la prefectura de policía, los Dupelle, los Valadier que aquélla introduce en las filas de nuestro partido; los saqueadores, los ladrones en cuadrilla son los banqueros que nosotros denunciáramos.»

«Tomamos á Rothschild, rey de los saqueadores, por blanco de nuestros tiros, no porque dejemos de existir otros banqueros ilustres por sus gigantescos robos. Los Bischoffsheim, los Dreyfus han vendimiado en Francia y en Inglaterra 157 millones de francos en el empréstito de Honduras; el barón Erlanger ha montado en Francia 31 Sociedades, que han hecho perder á los suscritores más

## CARTA DE ALEMANIA

Leipzig, septiembre de 1886.

Decididamente, nuestra policía es estúpida como ella sola, y ha dado en perseguir encarnizadamente a los socialistas, á esos enemigos de la patria. Leipzig, la ciudad burguesa por excelencia, el pequeño París, como modestamente la llaman los burgueses, quería, según costumbre de los calvinistas alemanes desde la derrota del bandido Napoleón en Sedán, conmemorar el 2 de septiembre; pero se había prescindido de los socialistas.

A decir verdad, esta fiesta no es ni nacional ni popular, ya ha caído en desuso; pero los socialistas querían divertirse ellos también á su vez en aquel día, y en la noche del 1.º al 2 de septiembre lanzaron «escritos declarados de alta traición contra el emperador de Alemania» en el periódico oficial de Leipzig.

La policía se dispersó en todas direcciones para atrapar á los vendedores, pero inútilmente. Lo que principalmente trastornó la ciudad fué una hoja titulada «Canto de marcha para el ejército alemán». El primer procurador de Leipzig ha prometido una recompensa de 1.000 marcos (1.250 pesetas) al que descubra los autores de dicha canción, pero podemos asegurarle que no lo conseguirá.

¡Qué atrevimiento! ¡Profanar el día de «San Sedán!» Algunos días antes de esta «fiesta nacional», los socialistas de Leipzig y sus alrededores celebraron el aniversario del gran agitador Fernando Lassalle, habiéndose fijado en los árboles y en los postes telegráficos banderas rojas con el lema de ¡viva el socialismo!

«¡Venganza, venganza!» exclamaban los burgueses, y la policía allanaba el domicilio de los socialistas más conocidos, deteniéndolos á diestro y siniestro. Por esta vez la cosa es seria, porque el ministro del Interior, el célebre Puttkammer, ha remitido una circular secreta á todos los prefectos del Imperio, recomendándoles una vigilancia excepcional sobre los jóvenes que son llamados al servicio militar. Y he aquí el por qué de esta circular: el ejército — dice el lacayo y primo de Bismarck — se halla infectado por el socialismo, y es necesario adoptar medidas rigurosas contra semejante ponzoña. Esta circular ha caído en manos de los socialistas, de la que éstos han hecho el uso que le corresponde. Casi toda la prensa se ha ocupado de ella.

Por un lado las persecuciones más rigurosas, y por otro la activa propaganda socialista, continúan avanzando. Mientras más se las persiga, más trabajarán en pro de la propagación de nuestras ideas.

En casi todas las ciudades de Alemania, grandes y pequeñas, ha habido detenciones y registros domiciliarios: en Berlín, Breslau, Hamburgo, Leipzig, Munich, Dresde, Chemnitz, Augsburgo, Nuremberg, Mulhouse, Gera, Elberfeld, etc., etc. Como es natural, las expulsiones en virtud de la ley contra los socialistas están á la orden del día. El Post, órgano de Bismarck, dice que hay que perseguir á los socialistas por todos los medios posibles é imposibles, y la policía no le va en zaga. No sólo las reuniones políticas — esto es casi inútil decirlo — sino aun las profesionales, son prohibidas. Las Cámaras sindicales más moderadas son disueltas, porque «habiendo sido antes esas Cámaras profesionales centros de alistamiento, se han convertido ahora en plazas de armas donde los socialistas adiestran sus reclutas»; así dice la Gaceta de la Alemania del Norte. «Las Cámaras sindicales son un medio de organizar, á la sombra de la ley y públicamente, un ejército bien disciplinado, ciegamente sumiso á las órdenes de los jefes del Partido Socialista», exclama un periódico reaccionario. «Y si todos los obreros se alían en las Cámaras sindicales estamos perdidos...» Por lo que se ve, los mismos periódicos del Gobierno piden á éste que disuelva toda organización profesional.

¡Imbéciles! No ven que ellos son quienes incitan á los obreros á organizarse políticamente, á alistarse en las filas del Partido Socialista Obrero. Por nuestra parte prometemos á Puttkammer hacer todo cuanto podamos para organizar á los perseguidos por el Gobierno.

Los últimos procesos intentados contra los socialistas — otra majadería del genial canciller — nos han proporcionado centenares de neófitos de todas las clases, quienes nos envían dinero de todas partes. La condena de Freiberg ha indignado á toda la prensa burguesa, y á nosotros se nos han remitido muchos miles de francos para socorrer á las familias de los sentenciados; además nuestro órgano oficial *Der Sozialdemokrat* ha aumentado considerablemente su tirada, así como también vendemos millares de nuestros folletos. Puede decirse que Bismarck y sus satélites son nuestros agitadores más activos. Hace algunos días nuestros amigos de Berlín distribuyeron en pocas horas 100.000 ejemplares de una hoja suelta, y ha sido la tercera en tres semanas. Asimismo se han repartido estos días hojas sueltas y folletos en Altona, Hamburgo y Otensen. En Hamburgo la policía logró apoderarse de un cajón de folletos; pero su gozo duró poco, porque los socialistas, esos tunos, hallaron no sé qué medio para recobrar sus folletos.

La policía está furiosa, pues esta hazaña la ha puesto en ridículo. ¡Qué vergüenza! La policía de Hamburgo y de Altona está trastornada desde hace algunos meses: dos veces ha descubierto el Comité del Partido Socialista y otras tantas ha caído en el garlito. Aunque sus tentativas son inútiles, nos persigue por todas nuestras excursiones y paseos. En todas partes se ve á los socialistas seguidos por espías vestidos de uniforme, de paisanos ó de gendarmes. Así, en el aniversario de la muerte de Lassalle, 3.000 socialistas berlineses hicieron una corta excursión fuera de la ciudad, y durante todo el día la policía les siguió los pasos. El Gobierno, ó mejor dicho, Bismarck busca provocaciones; tanta necesidad de prestigio tiene y al mismo tiempo de salvar la sociedad al modo de Napoleón. Pero los socialistas no se dejan pro-

de 200 millones. Pero los Rothschild, miserables mercaderes de ropa vieja el siglo pasado en Francfort; que vinieron á Francia en 1815 en los furgones del extranjero, protegidos por Metternich y transformados en tesoreros de la Santa Alianza, y que forman hoy la gran familia financiera de Europa, son para nosotros los tipos más acabados de la cuadrilla de ladrones cosmopolitas que explotan las naciones europeas.»

Lafargue habla después de las antiguas Cámaras de Justicia, instituidas para pedir cuentas á los banqueros y obligarles á restituir lo robado; presenta á estos mismos banqueros escapando el Banco de Francia y los medios de comunicación (ferrocarriles, canales, tranvías, etc.) para sacar contribuciones al comercio y á la industria y robar á la nación; dominando al Gobierno por medio de subvenciones á los senadores y diputados, exportando al extranjero la fortuna social y empleándola en aumentar la maquinaria de las industrias y en armar á las naciones adversas. Y termina del siguiente modo:

«La grande industria crea un nuevo mundo: el capital de un capitalista aislado, por importante que sea, no puede bastar para la creación de las ferrierías, de las fundiciones, de los ferrocarriles y de otros grandes instrumentos de producción; es preciso el capital centralizado, y son los banqueros los que llevan á cabo esta centralización, pero no lo hacen sino robando á la nación, á la sociedad. Y porque son ladrones, los más insignes ladrones que jamás han existido, pedimos nosotros que se les despoje de esa elevada función social, que se socialice el crédito, al par de los demás instrumentos de producción.»

«Una palabra para terminar, señores jurados: antes de pronunciar vuestra sentencia, reflexionad que tenéis de una parte los Rothschild y demás ladrones de la banca, y de la otra los socialistas que los denuncian. Si nos condenáis, os haréis los cómplices de los ladrones que os despojan, á vosotros y á vuestra clase; si nos absolvéis — y podéis hacerlo sin participar de nuestras ideas — reconoceréis que cumplimos con un deber público denunciando á los ladrones que la justicia respeta.»

«Pero debo añadir, señores jurados, que cualquiera que sea vuestro veredicto, no alterará en nada nuestra conducta; condenados ó absueltos seguiremos denunciando á los Rothschild y á los ladrones de la banca y combatiendo las cóleras populares contra sus crímenes, hasta el día en que, dueños del Poder por la gracia de los acontecimientos, podamos encerrarlos en Mazas y obligarles á restituir todos los bienes que han robado.»

Guesde da principio á su discurso burlándose de la ridícula acusación del Ministerio fiscal.

«Con atribuirme «provocaciones directas al asesinato y al saqueo», el abogado general ha tenido que suponer dos Julio Guesde: uno cuyo mérito científico y cuyas convicciones ha tenido la bondad de reconocer, y el otro, por el contrario, que en la reunión del Chateau d'Eau habría excitado, según él, á cometer actos individuales que se hallan en contradicción absoluta con los principios generales del socialismo contemporáneo.»

«Y para cortarme así en dos mitades — dos mitades enemigas — le ha bastado el testimonio ó la espada de un comisario de policía. Pues bien; hablando con franqueza, no es bastante.»

«Las ideas, las teorías que expuse el 3 de junio último con motivo de la huelga de Deczeville son las mismas que vengo propagando por medio de la pluma y de la palabra hace ya años. Estas teorías no dejan lugar ni al saqueo ni al asesinato; antes por el contrario, no sólo los excluyen, sino que tienden á eliminarlos de las relaciones de los hombres entre sí.»

Guesde expone luego la teoría socialista de la concentración de las riquezas sociales en manos de individuos cada día menos numerosos, concentración que da por resultado la miseria y la servidumbre de la masa general de la nación, y termina con las siguientes palabras:

«Para la Revolución que preparamos y que no podrán detener las sentencias de prisión que hoy se exige de vosotros, como no lo pudieron los fusilamientos de junio del 48 ni las de mayo del 71, para una Revolución de esta magnitud, es menester un proletariado consciente, organizado, que se apodere del Poder político y que ponga la ley. Ese proletariado es el que encerrará á Rothschild en Mazas, pero lo hará legalmente en nombre del nuevo derecho que dimanará de la sociedad nueva. Y si en vez de transportaros hoy, 24 de septiembre, al meeting del «Chateau d'Eau», acompañado de un comisario de policía, el Ministerio fiscal se hubiese trasladado él mismo á aquella reunión, el 3 de junio, cuando yo estaba en la tribuna, no os pediría, como acaba de hacerlo, una condenación que la ley no os permite pronunciar.»

«No diré que no he hablado del «fusil libertador». Yo no reniego jamás ninguna de mis palabras. Pero ese fusil, del cual se quiere hacer un arma contra nosotros, no iba dirigido contra un hombre, cuya vida nos importa muy poco; era el fusil de vuestras gloriosas jornadas, señores de la burguesía; el fusil del 14 de julio y 10 de agosto, de 1830 y de 1848; el fusil del 4 de septiembre de 1870, que desgraciadamente esta vez se hallaba en manos imperiales alemanas.»

«Ese fusil, que condujo al Poder al tercer estado, servirá para el mismo fin — y con igual derecho — á la clase obrera. Pues á no ser que tengáis la pretensión de monopolizar la revolución como habéis monopolizado la propiedad, no veo en qué podéis fundaros para prohibir á la emancipación proletaria el uso de la fuerza que os emancipó á vosotros en otro momento.»

«Para condenar el socialismo revolucionario así definido y propagado, necesitaríais nuevas leyes, que podéis fabricar si os place. Imitad á Bismarck: estableced en la Francia republicana el estado de sitio del imperio alemán.»

«Entonces se verá, descañada de la hipocresía de la libertad de la Prensa y de la tribuna, la lucha de una clase que se defiende contra una clase que ataca. Entonces podéis condenarnos y no nos quejaremos. Pero... á reserva de desquite.»

vocar, pues saben demasiado que aun les queda mucho por hacer, y por tanto son pacientes en sus trabajos de propaganda. Nosotros sabemos esperar, pero no así Bismarck ni su camarilla.

Según los periódicos reaccionarios, nuestro valiente amigo Liebknecht ha huido á América para establecerse allí. Bismarck desearía sobremanera que nuestro amigo — que óto ha ido á América en un viaje de propaganda — se quedase allí para siempre. Pero Liebknecht volverá para ser vuestra pesadilla, pobre Bismarck; lo mejor que podéis hacer era librar á Europa de vuestra persona, pues ya habéis vuelto á la niñez, como vuestro amo Guillermo. — E. WARNER.

## MOVIMIENTO POLÍTICO

## FRANCIA

El día 4 habrá abierto sus sesiones el «Congreso nacional de Sindicatos obreros» que había de celebrarse en Lyon, las cuales terminarán el domingo próximo.

## BELGICA

El movimiento socialista hace aquí grandes progresos, habiéndose formado nuevas Secciones del Partido Socialista Obrero, al mismo tiempo que numerosas Sociedades obreras se han afiliado al Partido, siendo el Gobierno, con su desacertada conducta en la información obrera que mandó abrir, quien más ha contribuido á esta saludable reacción.

—Nuestro correligionario Anseele, que, como saben los lectores, continúa preso, está preparando un libro, titulado *Sacrificado por el Pueblo*, que aparecerá en breve. Sus compañeros de Gante, Amberes y Bruselas están organizando una manifestación para el día en que salga del encierro, después de haber estado en él seis meses.

## HOLANDA

El 23 del pasado, como dijimos en nuestro último número, continuó en La Haya la vista de la causa seguida á Domela Nieuwenhuis, siendo rechazada la apelación contra la multa de 100 pesetas y un año de prisión que le habían sido impuestos, y confirmada la primera sentencia.

## ESTADOS UNIDOS

Se ha celebrado en Nueva York una reunión para festejar á nuestros correligionarios Liebknecht y Aveling, á la cual han asistido más de diez mil socialistas. Los concurrentes se declararon conformes con los principios tan elocuentemente expuestos por los dos oradores, acordándose felicitar por medio de telegramas al Partido Socialista alemán y á la *Socialistic League* de Inglaterra por haber enviado tan decididos representantes á predicar el socialismo á los obreros norteamericanos.

—Los socialistas condenados á causa de los últimos sucesos de Chicago reciben cada día nuevas pruebas de simpatía de todas partes, celebrándose con este objeto muchos meetings en todos los salones públicos, y para protestar contra la sentencia y condenar á la prensa burguesa, que con sus escritos trata de dirigir la opinión desfavorablemente hacia los socialistas.

## MOVIMIENTO ECONÓMICO

## ESPAÑA

Reus.—Los tipógrafos de esta ciudad, comprendiendo que la Asociación es en los tiempos actuales una de las primeras necesidades del obrero, acaban de constituirse en Sociedad de resistencia.

Reciban nuestra enhorabuena.

Habana.—Continúan sosteniendo su huelga con gran firmeza los obreros tabaqueros de la capital de Cuba.

Los dueños de las fábricas donde se mantiene la huelga acuden á toda clase de medios para lograr vencer á los obreros: unas veces hacen gestiones para que los fabricantes que tienen precios regulares lancen á la calle sus obreros, á fin de aumentar el contingente de los huelguistas y disminuir los medios de resistencia, y otras acuden á la autoridad para que intervenga en el asunto yendo contra los obreros. Hasta la fecha no han tenido éxito ninguno tales trabajos, y aunque los obreros no pueden fiarse de las autoridades burguesas, que caen siempre del lado á que se inclinan, á favor de los explotadores, esperan, con su prudencia y su tacto, no dar el más leve pretexto á que aquella haga de las suyas.

## INGLATERRA

Los pasamaneros de Nottingham se proponen reducir los jornales de sus operarios en un 50 por 100, y por este motivo se cree que abandonarán el trabajo.

—Los herreros de Staffordshire que estaban en huelga han conseguido arrancar á algunos industriales un pequeño aumento en sus salarios y que vuelvan á trabajar á sus talleres los que habían salido de ellos á consecuencia de su reclamación.

## FRANCIA

Reina gran agitación entre los sastres de Burdeos, pues los patronos, aprovechándose del exceso de brazos, han rebajado en una tercera parte el precio de la mano de obra, quedando con esto los salarios reducidos á tal extremo, que les es imposible á aquellos obreros atender á sus más apremiantes necesidades.

—En Mierzon han abandonado el trabajo 90 grabadores en cristal, á consecuencia de las inicuas multas á que estaban sujetos, habiendo nombrado una Comisión para conferenciar con el patrono.